

# SESIÓN SOLEMNE

CELEBRADA EN EL

PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1923

PARA CONMEMORAR LA

## FIESTA DE LA RAZA

bajo la presidencia del

Excmo. Sr. General, MARQUÉS DE ESTELLA,  
Presidente del Directorio Militar.

MADRID, 1924

IMP. MUNICIPAL

Sesión solemne celebrada en el Paraninfo  
de la Universidad Central, el día 12 de  
octubre de 1923, para conmemorar la  
Fiesta de la Raza, bajo la presidencia del  
Excmo. Sr. General, Marqués de Estella,  
Presidente del Directorio Militar.



# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Discurso del Excmo. Sr. D. Alberto de Alcocer y Ribacoba, Alcalde Presidente.	7.
Discurso de doña Blanca de los Ríos de Lampérez.	11
Discurso del Excmo. Sr. D. Luis Aldunate, Ministro plenipotenciario de Chile.	23
Poesía de D. Eloy Andrés Blanco, leída por D. Manuel Machado.	31
Discurso del Sr. D. Ruy de Lugo-Viña, Comisionado del Municipio de la Habana.	37
Discurso del Excmo. Sr. D. José Rodríguez Carracido, Rector de la Universidad Central.	43
Discurso del Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella.	49
Artículo del Excmo. Sr. D. Hilario Crespo, <i>La grandiosa empresa de Colón.</i>	55





# INDICE

I	Introducción	1
II	El Ayuntamiento de Madrid	15
III	El Concejo de Regidores	35
IV	El Ayuntamiento de Madrid	55
V	El Ayuntamiento de Madrid	75
VI	El Ayuntamiento de Madrid	95
VII	El Ayuntamiento de Madrid	115
VIII	El Ayuntamiento de Madrid	135
IX	El Ayuntamiento de Madrid	155
X	El Ayuntamiento de Madrid	175

1492-1923

1495-1938

**DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. ALBERTO DE ALCOCER RIBACOBÁ**  
**ALCALDE PRESIDENTE**



EXCMO. SR., SEÑORES:

Sucesos para mí del todo inesperados, me imponen el honor insigne de tomar parte en esta solemnidad, ostentando la representación del pueblo de Madrid, como Alcalde Presidente de su Excmo. Ayuntamiento, y si ello basta para causarme una de las emociones más grandes de mi vida, imaginad mi confusión ante concurso tan ilustre, viéndome obligado a recordar el acontecimiento más transcendental de la historia humana después de la Redención, acontecimiento que es a la vez gloria sublime de la historia de España, y a saludar con sentida reverencia en nombre de esta antigua Corte de dos mundos, a las egregias Naciones, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, alma de nuestra alma; que con la fe, la lengua, el valor, la hidalguía y las tradiciones heroicas de la raza, ostentaron siempre, ahora y en tiempos venideros como su timbre más ilustre, el de hijas nobilísimas de la augusta madre España.

Halle, pues, en vuestra bondad excusa la débil expresión mía de estos afectos, y pensad, señores, que difícilmente la más conmovida elocuencia podría darles forma adecuada, tratándose de grabar más en vuestros corazones que en vuestras inteligencias el hondo anhelo con que Madrid se asocia a esta conmemoración que ya es fiesta de la Nación entera y que está llamada a ser en lo porvenir lazo cada vez más estrecho de paz, de amor, de efusión, de nuestro respeto y noble afán por la grandeza y prosperidad de todos los pueblos donde se habla el idioma de Cervantes.

Madrid en este sentido no consentirá que ninguna otra ciudad, por ilustre que sea, la aventaje, y aspira a que cada año el día 12 de octubre con creciente entusiasmo se celebre aquel amanecer de 1492 en que la mano de Colón, sostenida por la excelsa mujer más Rey que ha visto la historia, trazó con un rasgo sobrehumano la redondez del planeta. Bendigamos señores aquel instante y seamos todos con noble emulación dignos hijos de aquella España.





# DISCURSO DE DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ



DISCUTIR SE POUA BASTA DE FORA DOS DE TAPAS

# RAZA ESPAÑOLA

---

SEÑORAS Y SEÑORES:

Antes de empezar, una palabra para decir que sólo el bondadoso ruego de alguien a quien no puedo negarme, me decide a cooperar en persona a este acto con el luto en el alma. Y es que vivimos en una hora solemne en que todos estamos obligados a aportar nuestra cooperación, por humilde que sea, a la reconstitución nacional, ¡al salvamento de la Madre! Así, todos abnegadamente, religiosamente, hemos de ofrecer y aún de sacrificar algo de nosotros mismos, aunque fuere algo de nuestro propio dolor, en el altar sagrado de la Patria.

Conmemoramos hoy la fecha más gloriosa de la historia humana—el advenimiento de Cristo es historia divina—y tal gloria es toda española. Conmemorar esa fecha, hacer de ella la mayor solemnidad de toda una estirpe, no es caprichoso antojo ni moda pasajera; es consagrar con un rito común a ochenta millones de hombres el culto de amor a la gran Madre España, descubridora, cristianizadora y civilizadora de un mundo.

Y tal conmemoración no ha de festejarse únicamente con volteo de campanas, estampido de cañones, flamear de banderas y sonoro tronar de músicas triunfales, aunque nada de esto deba faltar al júbilo expansivo de la gente española, sino que importa solemnizar, a lo menos, señalar tal fecha con algo que persista y fructifique, con algo que nos afirme ante la conciencia universal y sobre todo en la misma conciencia española, tan desestimadora de lo propio y endiosadora de lo ajeno, tan olvidada de sus mayores intereses y prestigios que parece desconocer que a los pueblos como a los individuos se los identifica y estima por su pasado, viven de su pasado, de su concepto histórico, ya que el presente es un relámpago y el porvenir una incógnita.

Y España olvida que su pasado, lo que culmina de su pasado y lo

asume y simboliza, no es sólo un concepto histórico, no es sólo un magno proceso fenecido y concluso, es una portentosa obra de vida que persiste y actúa en perenne y generosa fecundidad como la Naturaleza, puesto que su obra, sin ejemplo en la historia del mundo, es la creación de una raza: la raza española.

Y al decir *raza española*—ya lo declararé al fundar la revista de este nombre—estoy muy lejos de querer significar con él el concepto puramente antropológico, y, para muchos, materialista y determinista de raza. La raza española no es—¿quién no lo sabe?—un producto étnicamente puro, ni tales productos existen en la Humanidad contemporánea, ni de existir, tendrían vinculada en su unidad fisiológica su absoluta perfección.

La raza española es algo espiritualmente más uno que, lo sería una raza homogénea biológicamente, ya que tuvo por unidad histórica su ardiente fe cristiana y en la llama viva de esa fe se fundieron en aleación broncea nuestras diversas gentes peninsulares en una Cruzada de ocho siglos antes de engendrar su gloriosa descendencia en el Nuevo Mundo, es, pues, una raza amasada con la fuerte e incorruptible levadura hispana en la hora de nuestra mayor grandeza histórica, es decir, amasada con nuestra fe, con nuestro heroísmo, con nuestra abnegación sin ejemplo, con nuestra proverbial hidalguía, con nuestro magnánimo redentorismo, que se hizo altísima realidad en nuestros reyes, en nuestros misioneros, en nuestras *Leyes de Indias*, y se cuajó, por obra del genio de Cervantes, en el eterno símbolo de la estirpe: el inmortal *Hidalgo de la Mancha*, tan significativamente llamado por Rubén Darío *Nuestro Señor Don Quijote*, y puesto que toda la estirpe se reconoce en él, y le acepta por retrato de su alma, y se gloria de verse en él tan egregia y plenamente simbolizada, claro es que toda la estirpe se reconoce *una y española* y se gloria de serlo. ¡Esa es la raza española, y de no ser eso, no es nada!

No es nada, porque sin unidad, sin personalidad, sin la virtud cohesiva y vivificadora de la tradición y del alma hispana que las integra en una magna federación espiritual entre sí y a todas ellas con su gran Madre, las naciones hispanoamericanas no serían más que los rotos y dispersos fragmentos de un gran Imperio, fatalmente destinados a ser absorbidos por otro Imperio más fuerte, y, por lo tanto, a ser desnaturalizadas y desposeídas de cuanto constituye hoy su propia esencia étnica y su misma nacionalidad. Desespañolizarse para los pueblos de nuestra América, en inflexible lógica, es *igual a no ser*, españolizarse es *igual a ser*, y a ser con doble, gloriosa y poderosísima existencia, a ser, cada uno de por sí, nación autónoma y soberana y a ser todas juntas con la Madre Patria partes de un gran Imperio, del mayor Imperio geográfico y espiritual de la Historia.

Bellamente ha esculpido Santos Chocano esta gran verdad en dos versos ya célebres, al decir:

«que un anillo de oro hecho pedazos  
ya no es anillo, pero siempre es oro»

Nuestro imperio colonial ya no es imperio de hecho, de dominio; pero la raza que creamos sigue siendo española y española ha de ser mientras tenga vida y personalidad y lengua y alma propias. Y nuestra raza española y nuestro imperio espiritual de América no perecerán, porque pasan los imperios de hecho y las razas que no son sino fortuitos cruzamientos de castas; pero los imperios que funda y anima el espíritu y las razas que el espíritu crea y fecunda no pasarán, viven y vivirán incólumes, flotando sobre la marea de los tiempos con la inmanente vida de las almas.

Y es que nuestro imperio espiritual no lo fundó la espada, lo fundó la Cruz; es que nuestra raza no nació del acaso de un descubrimiento y de la aventura de una conquista legendaria, sino que históricamente, matemáticamente puede demostrarse que la raza española nació de las entrañas espirituales de la Madre Patria, nació de la misericordia y de la cristiandad de España, y es por lo tanto, más que hija de la sangre, hija de la espiritualidad de España. Porque si España hubiera adoptado como credo de su colonización el que Lord Bacon proclamaba como su *desiderátum*: «*Un territorio donde ni hubiera indígena alguno y no fuera menester el trabajo de extirparlos*». Ideal que toda la colonización inglesa ha tendido a realizar; si España hubiese adoptado tal norma, ¡la raza española no existiría! Si España hubiese repugnado como un crimen la fusión de castas y hubiera mantenido como un dogma el odio de razas que subsiste en Inglaterra y en la América inglesa ¡la raza española no hubiera nacido!

Pero nuestra Patria no conquistaba ni guerreaba como se conquista y se guerreaba ahora, implacablemente, exterminadoramente, por la codicia de los bienes materiales; guerreaba por extender su reino y el reino de Cristo entre las gentes, por eso España se partió en dos y dió lo más sano y lo más recio de su carne y lo más heroico de su alma: los conquistadores, los colonizadores y los misioneros al mundo que nacía, y no colonizó, españolizó, evangelizó la virgen tierra; no fundó colonias para su explotación, con desprecio o mediante exterminio de sus naturales; asumió misericordiosamente la tutela del indio, y—¡caso glorioso y único!—sin odio ni repugnancia de castas, se desposó amorosamente con las razas aborígenes y creó un tipo nuevo de humanidad y fué madre de veinte naciones.

Así, aún reconociendo que el pecado de los conquistadores y colonizadores—pecado de que están exentas la Iglesia y la Corona—fué la explo-

tación de los indios, explotación humanamente inevitable, dados el atraso de los tiempos, el desconocimiento de máquinas que ahorrasen fuerza humana, la escasez de hombres y de medios con que se realizó la colosal empresa de la colonización y la gran suma de trabajadores que exigían la construcción de ciudades, caminos y demás obras públicas, y las explotaciones agrícola y minera, trabajadores que no podía aportar la despoblada España de entonces, y menos en barcos tamaños como nueces que tardaban meses en la arriesgadísima travesía del Atlántico; aún reconociendo ese pecado, humanamente inevitable, hay que afirmar de una vez que la magnanimidad y la misericordia de España crearon la raza, la cristianizaron y la impusieron para siempre en las carnes y en el alma el cuño español.

Hay que afirmar de una vez que a ningún pueblo colonizador, no siendo España, importó nunca la vida y menos el alma de los indígenas.

Ahí está para demostrarlo la historia de la colonización europea, desde la negra página de la expedición de los banqueros alemanes Walzar a Venezuela, al horrendo crimen de los belgas en el Congo; pasando por la despiadada explotación de la India por los ingleses que arranca del siglo xvii, y registra episodios de horribles carnicerías, como la que cuenta Lord Macaulay de las campiñas de Rohil Kund; siguiendo por la sangrienta historia de la colonización de Australia por los ingleses, y por las dantescas torturas de los deportados en la fragata *Success*, episodio que ha sido calificado de «la página más negra de la Historia de la Gran Bretaña»; continuando por las espantosas matanzas de malayos en Banda y de chinos en Java perpetradas por los holandeses. En cuanto a los yanques, dice el Dr. Quesada (*La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*): «Cuando adquirieron los norteamericanos por las armas o por tratados más de la mitad del territorio de Méjico, de California y Tejas, la población se componía de indios e hispanoamericanos; hoy de los indios *sólo queda la etnografía gráfica.....*»

Recordad, señores, que los pueblos que así colonizaban eran los mismos que no alcanzaron a ser más que piratas de nuestros galeones y de nuestras costas de Africa, mientras nosotros eramos descubridores, conquistadores y misioneros.

Y comparad esas colonizaciones cuyo sólo fin era el lucro y cuyo *desiderátum* era el exterminio de los aborígenes, con la obra colosal, heroica y sublime de nuestras exploraciones, descubrimientos, conquista, civilización y evangelización de tantas gentes. Comparad y os explicaréis por qué nosotros creamos una raza a la que dimos nuestra carne y nuestra sangre, a la que dimos la más asombrosa lección de audacia, de heroísmo, de resistencia, sobriedad y abnegación, y con la que ejerció la más excelsa pedagogía la legión sagrada de nuestros misioneros.



Recordad las fascinadoras hazañas, las sorpresas genesiáticas de aquellos inventores de costas y de mares, de aquellos Alcides que a golpes de remos, o paso a paso, midieron el haz de los continentes y contornearon la tierra. Evocad aquel viaje sublime empezado por Magallanes y acabado por del Cano, serie portentosa de hazañas, trabajos, luchas y martirios cuya trágica e insólita grandeza eclipsó para siempre los fabulosos prodigios de los semidioses y las mentidas gestas de los andantes; evocad aquel épico viaje que partiendo de Sevilla, pórtico maravilloso de nuestras empresas oceánicas, comenzó a immortalizarse con la invención del estrecho Magallánico, siguió su marcha hacia la gloria descubriendo tras las *Islas de los ladrones* (Marianas), las de *San Lázaro* (Filipinas), y muerto paladinescamente Magallanes en Mactán, acabó la expedición asombrosa con aquella singladura triunfal con que la quilla de la nao de El Cano signó la redondez de la tierra con la rúbrica augusta de España.

Recordad las gestas portentosas de los que un norteamericano ha llamado los cuatro Césares de nuestra conquista: Pizarro, Cortés, Valdivia y Quesada.

Revivid aquellas páginas de magia y de milagro de la conquista de Méjico, una de las mayores y más temerarias empresas que registran los anales del mundo; epopeya de la energía, apoteosis de la voluntad humana, donde si grandioso era el escenario los actores lograron excederle, y más alto que las cimas del Popocatepetl y del Ixtacihuatl, culmina el caudillo ante quien parece que se amansa y se achica la enorme naturaleza mejicana, sobre la cual quedó troquelado perdurablemente el espíritu de aquel hombre legión y multitud, en quien el conquistador y el civilizador integran la magna personalidad que persiste inderrocable como un símbolo para mostrar a la Historia hasta donde llegan el brío, la multiplicidad milagrosa y la basáltica entereza de un español cuando le alientan el amor a Dios y a su Patria.

Aquel extremeño de estirpe de titanes que osó la sublime locura de lanzarse con quinientos hombres y diez y seis caballos a la conquista de un continente inmenso agrandado por el pavoroso misterio de lo ignoto, para cumplir su empresa insólita prescindió de España, resistió al César y a sus órdenes de prisión, afrontó la envidia de Velázquez, domó la rebeldía de los suyos, y sólo ante una naturaleza imponente y un enemigo numerosísimo y fanatizado, cuando todo y todos le abandonaban, no quemó sus naves, pero las desarmó, que es lo mismo, se imposibilitó la vuelta a la Patria, para no dejar ante sí y ante su puñado de Cides más caminos que la victoria o la muerte.

Y aquel hombre que enfrenó la fortuna y creó y rigió un gran imperio

y llevó a América la semilla de nuestra noble democracia fundando allí los Municipios, en sus amores con la india de quien hizo a *Doña Marina*, fué símbolo de nuestra conquista *sin odios de casta*; de nuestra fusión con los indígenas, fusión creadora de una raza que cree en nuestro Dios, lleva nuestra sangre y habla nuestra lengua y la honra con literaturas propias y florentísimas.

Recordad a Pizarro y el fascinador prestigio con que arrastró a su puñado de héroes a la pasmosa conquista del Perú; evocad, sobre todo, el escalofriante episodio de la isla del Gallo que hace exclamar al norteamericano Lummis: «¿Tuvo nunca el lector conocimiento de un heroísmo semejante?» ¡Solos, aprisionados por el gran mar, con muy pocos alimentos, sin buques, casi sin armas, había allí catorce hombres empeñados todavía en conquistar un país salvaje tan grande como toda Europa. Hasta el parcial historiador Prescott admite que en todos los anales de la caballería no se encuentra nada semejante!

Pero aún hubo un heroísmo mayor y más excelso, el de los conquistadores de almas.

Si el descubrimiento y la conquista de América levantaron a España a la cumbre de la Historia, la evangelización del Nuevo Mundo la elevó a la cima de la espiritualidad humana.

Aquella acción colosal que duró tres siglos, que aún subsiste y fructifica en algunas regiones; aquella múltiple acción sublime, a la vez magna epopeya, grandioso apostolado, pedagogía y catequesis ejemplares, martirologio gloriosísimo, portentosa siembra de fe, de caridad y de cultura por tan inmensa extensión geográfica, excede los términos de lo verosímil; es lo sobrehumano, es la historia empalmada con la santidad.

Merced a aquella acción evangelizadora, nuestra obra en el Continente Nuevo no fué sólo obra de fuerza, fué, sobre todo obra de amor, cumplida a la par por nuestros Reyes, por nuestras *Leyes de Indias* y por nuestros heroicos misioneros; obra de amor, de caridad, que excluía hasta la posibilidad del odio de razas, azote y estigma de las demás colonizaciones; obra de amor que fundió en una nuestra estirpe con las estirpes aborígenes de América y creó un tipo nuevo de humanidad, una raza nueva en la cual América y España se unieron en una carne misma, con una sola alma encendida en una sola fe: nuestra divina fe cristiana.

Por eso nuestra colonización en América difiere esencialísimamente de todas las demás colonizaciones; porque no fué obra de conquistadores, de colonos, ni de explotadores, aunque conquistadores, colonos y explotadores necesariamente cooperasen a ella; porque fué obra de amor y de fe; porque España no conquistaba exclusivamente para el lucro, conquistaba para Dios,

por eso no vió en el indio un estorbo a su expansión geográfica ni a su mercantilismo, vió en él a un hermano menor y amorosamente se constituyó en su madre educadora, y compartió con él el pan y el vino de su fe cristiana, de su gran cultura, de su habla empapada en espíritu y por eso, en vez de acaparadora de tierras y exterminadora de gentes, fué maestra y madre de una raza, maternidad augusta de que ninguna otra Nación de la tierra puede gloriarse.

Y no son ciertamente frailes ni españoles, son ingleses y protestantes los que más concluyentemente definen el sentido de la colonización inglesa y el de la española; los que afirman que el objeto de la colonización inglesa fué la explotación, su sentido literalmente topográfico y utilitario, y el sentido de la colonización española fué sobre todo psicológico (1).

Y este alto fin psicológico de la conquista y de la civilización fueron los misioneros españoles los que heroicamente lo realizaron. Por ellos cumplió España la más gloriosa empresa de la civilización humana.

Pero la historia de nuestra evangelización de América, esa historia que sería el más victorioso mentís a la injuriosa leyenda negra, y la definitiva consagración de España como madre y maestra de naciones, está por escribir.

¡Harto hicimos los españoles, desde el Padre Las Casas acá, con calumniar nuestra colonización por exceso de austeridad y de mal entendido celo; harto hicimos con acoger y repetir cuantas calumnias forjó contra España la envidia de las naciones que no le han perdonado todavía el descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo!

Tuvo que ser la voz de un extranjero, la del benemérito norteamericano Lummis, la que hiriendo nuestro embotado patriotismo, nos recordase lo que deben las dos Américas, la española y la inglesa a la acción insuperable de nuestros misioneros. Aquellos frailes proteícos que eran juntamente exploradores, descubridores, conquistadores al par de las masas de soldados y de las clases adventicias de aventureros y de colonizadores eran inventores de costas y de tierras, fundadores de poblados y ciudades, de hospitales, colegios y «doctrinas», arquitectos y albañiles de las humildes iglesias de las misiones, ingenieros de obras tales como el magnífico acueducto de Zempoala, vivían aquella grande historia y la escribían, al correr de los hechos, en páginas que como las de Torquemada, Sahagún, Mendieta, «Motolinía» y Aguado forman la base de la historia de América; vivían aquella grande empresa que era como un salto milenario desde la barbarie a la cultura del Renacimiento para aquellas tribus primitivas, y mientras doctrinaban y civilizaban a los aborígenes, recogían de sus labios sus lenguas ru-

---

(1) V. Lord Sheffield y Sir Stramford Raffles en sus *Ensayos de política colonial*.



dimentarias, formaban diccionarios, gramáticas y manuales de aquellas lenguas de las cuales se servían para su obra catequística, vertían a ellas la fragante poesía de nuestros autos y «misterios», y eran al par los más grandes propagadores de nuestra habla en el Nuevo Mundo, los que más poderosamente contribuyeron a dar a América una lengua y una fe, los dos lazos que más atan a las gentes, las dos llamas que fundieron en una raza las tribus más variadas, dispersas y hostiles entre sí, las que consumaron la verdadera conquista: la del Alma de América para Dios y para España.

¡Con esos poderes gobernamos en América! ¡Con esas virtudes creamos una raza!

Y esa raza no morirá. Crecerá y se propagará magnífica integrando la España mayor, la España máxima, porque en el beso de amor que pusimos en los labios de las razas aborígenes les transmitimos nuestro verbo augusto, el raudal generosísimo de nuestra habla de los siglos de oro, donde los místicos vertieron el río de llamas y de estrellas de sus prosas celestiales en que arde el amor de los amores.

Más que por la sangre, más que por la historia misma, el mundo hispano se identifica e integra por el habla. Infusas en el habla van las esencias incorruptibles y fecundantes del espíritu de los pueblos. Y las esencias espirituales que animan la lengua española son de vida más excelsa y eterna que las que animaron a las lenguas griega y latina, con ser éstas de duración milenaria y de transcendencia incalculable. En el idioma helénico palpita el genio de la belleza, en el del Lacio la fuerza dominadora, en el de la España que completó el mundo ardía, como no ardió en ningún otro, la espiritualidad cristiana engendradora de toda la moral y de toda la estética de aquende el Calvario.

La lengua que por boca de nuestros místicos mereció conversar con Dios, la lengua en que Cervantes modeló la mayor de las creaciones estéticas y en que Calderón cuajó en símbolos poéticos la Teología, estaba macerada en gracia, empapada en sobrenaturalismo, era un océano de alma destinado a vivificar toda una familia de pueblos.

Y aún recibió el habla otra infusión celeste desde que por los labios de los misioneros transmitió a las gentes de América y de Oceanía la palabra evangélica. Desde entonces la fe de Cristo y la lengua española se desposaron para la eternidad con los pueblos nuevos en las sagradas selvas gene-síacas y al margen de los mares ignotos.

El fluir de esa lengua es el sublime fluir de la Historia; las voces de esa lengua transmitidas de generación en generación, conservan vibraciones ancestrales, ecos de voces heroicas, acentos de voces amadas, calor de vidas en que se encendieron nuestras vidas.

En la lengua paladeamos los estimulantes sabores de la Historia, como en un vino añejo la esencia de cepas que no existen; sólo en la lengua percibimos toda la grandeza y majestad de la vida milenaria de la Patria, al gustar deleitosamente la inmensa variedad de esencias humanas y psicológicas que tiempos y generaciones fueron destilando en las gotas de vida de cada vocablo hasta formar el océano de nuestro idioma; palabras hay ásperas y bravías que saben a polvo y sangre y suenan a versos del Romancero; palabras suavísimas como maceradas en nardo místico; palabras paladinescas como hojas de Toledo; palabras buídas como argumento de ergotista; palabras retorcidas como concepto de culterano; palabras procaces como boca de pícaro; palabras tiesas y académicas como peluca de galiclásico; palabras suspirantes como trova romántica; palabras *jondas* en que hipa el flamenquismo; palabras toreras en que relumbra el traje de luces y gallardea la elegante bravura de la raza.....; la historia entera, el alma de la estirpe hecha sonido; el coro inmenso, colosal, de voces vivas que rebosan de la estrechez del Diccionario, y se extienden con ímpetu hervoroso por sobre mares y continentes, y se enlazan y hermanan con vocablos de pueblos aborígenes, con voces supervivientes de lenguas desaparecidas; con nombres geográficos de tierras que hicimos nuestras y en cuyas costas, cumbres y selvas relumbran con luces épicas nombres españoles que cantan las gestas heroicas de aquellos semidioses que añadieron a la civilización las tres cuartas partes del Planeta.





**DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. LUIS ALDUNATE**  
**MINISTRO Plenipotenciario DE CHILE**

AYUNTAMIENTO DE MADRID  
DIRECCION GENERAL DE SERVICIOS

El Excmo. Sr. Alcalde de Madrid y la Comisión ejecutiva encargada de organizar los actos conmemorativos de la Fiesta de la Raza, que celebramos en estos momentos, han tenido a bien confiarme el honroso cometido de hacer oír en este aniversario memorable y desde esta altísima tribuna, la voz de la América española.

Cometido es este que supera en mucho a mis escasas fuerzas, pero que, pese a mi modestia, he debido aceptar con agradecimiento y con orgullo, pensando, tan sólo, que me cabe el inmerecido honor de representar ante el Gobierno de S. M. Don Alfonso XIII, a uno de los países de Hispanoamérica que más vivo, más acendrado ha mantenido siempre el fuego sacro del amor a España y que más ufano blasona de conservar intactas a través del tiempo y los acontecimientos las tradiciones del noble y viejo solar español.

Año tras año la conmemoración de esta fecha inmortal trae nuevos testimonios de la creciente unión de los pueblos hispanoamericanos, así como del afecto cada vez mayor que los lleva a agruparse en torno a la Madre España. Este acercamiento que naciera en el corazón de las masas, se difundió rápidamente en todos los organismos de las jóvenes nacionalidades hasta hacer partícipe de sus vibrantes anhelos a los Gobiernos mismos.

Es interesante considerar las circunstancias en que este movimiento de aproximación, comenzado hace poco, pero que tiene sus raíces profundas en la Historia, ha hecho su aparición en el horizonte hispano atrayendo de modo irresistible al entusiasmo de los pueblos.

Sus primeras manifestaciones las encontramos en los actos con que cada nación de la América española ha venido celebrando desde principios de este siglo el primer centenario de su vida independiente.

Este es el hecho más digno de llamar la atención porque choca con nuestra visión ordinaria de las cosas y contradice lo que se tiene, generalmente, como ley inexorable de los hombres y de los pueblos. Es admirable, en efecto, que precisamente al conmemorar las distintas fechas de su separación de España, las Repúblicas americanas hayan convertido los actos destinados a celebrar su independencia en homenajes de gratitud, de admiración y de amor hacia la Madre Patria, proporcionándole con el recuerdo mismo de aquella separación gloria más grande que la que obtuviera de todas sus campañas militares.

Contrariando las fábulas que se habían propalado por el mundo, sobre el modo como España condujera al Gobierno de su vasto imperio colonial, alzase el testimonio de veinte naciones que únicamente reconocen la belleza y la fecundidad de una civilización que se perpetúa y se perfecciona sin cesar y que los pueblos del mundo de Colón bebieron en la clara fuente de la tradición hispana.

Un siglo había transcurrido desde la emancipación, un siglo de vida independiente; las naciones de América seguían hablando la lengua de Castilla, seguían alentando las viejas y benditas creencias de sus mayores y lejos de poner trabas a los atavismos ancestrales seguían dando generosa expansión a la nobleza de sus sentimientos, esforzándose en reproducir de generación en generación el tipo legendario de la raza, mezcla de suavidad y de altivez, de audacia temeraria y de trágica indolencia, pero siempre magnánimo, siempre hidalgo, siempre valiente y abnegado hasta la inmolación de sí mismo.

Durante un largo siglo deja de afluir a las venas americanas sangre de la nación peninsular, mas no importa; lejos de disminuir crece cada vez más la semejanza de los pueblos del Nuevo Mundo con el del que habita la Península, tanto que cada año que pasa ve estrecharse esta semejanza, ve aumentar el parecido de la sangre, puede decirse que son españoles los que nacen en tierra americana hasta que llega el día en que el número de éstos en los antiguos dominios de la Corona de Castilla, supera en dos y tres veces el número de sus hermanos de la Península.

Ni los impulsos de la raza autóctona que a muchos pensadores parecieron incontenibles, ni las influencias exteriores determinadas por una inmigración heterogénea venida de todos los ámbitos del mundo, ni el espíritu de novedad y de progreso que mueve a los americanos a aceptar fácilmente instituciones y costumbres de otras razas, ninguno de esos factores fué capaz de interrumpir el proceso secular de incesante absorción de esos mismos elementos autóctonos o extraños, de esas mismas instituciones importadas, que se operaba en provecho de los rasgos esenciales de la raza conquistadora y civilizadora del Nuevo Mundo.

Y es que las guerras de la independencia americana, no se hicieron, a la verdad, en nombre de ambiciones bastardas, sino que fueron la lucha entre dos tendencias idealistas cuyos paladines mezclaron sobre los campos de batalla una misma sangre, idénticos heroísmos, proezas hermanas.

Lo que parece, pues, estar reñido con los resultados de la experiencia histórica, lo que debería chocar al espíritu de un observador ajeno a estos fenómenos, encuentra su explicación en el desarrollo de ese proceso. Los pueblos americanos al llegar al apogeo de su vida independiente y al tomar



conciencia de su actual grandeza, se detienen un instante en el umbral de sus futuros destinos para echar una mirada retrospectiva a sus orígenes. Una crítica imparcial y desapasionada despoja de sus exageraciones la obra de los cronistas que relataron los últimos tiempos de la dominación de la Metrópoli y la Historia, en su augusta serenidad, marca la huella luminosa recorrida sin descanso por la civilización desde el momento en que flameó en América el pabellón de Castilla.

América advierte la grandeza de la conquista, recuerda los hechos heroicos que la acompañaron, siente palpar en su ser los nobles impulsos de los antepasados que la acometieron, se solidariza con la magna obra realizada y rinde un tributo de admiración entusiasta y de respeto a los altos ideales que inspiraron tan gigantesca empresa.

Estos ideales han perdurado, son los mismos que informan hoy los sentimientos más íntimos de los pueblos americanos y que marcan sus rumbos hacia el porvenir. Ellos son los que determinan la semejanza a que he aludido, más aún, ellos son los que hacen que después de un siglo de independencia el vínculo de la raza se manifieste cada día más fuerte y tienda actualmente a traducirse en relaciones de todo orden con la antigua Metrópoli. Ellos son, finalmente, los que proporcionan una base inconvencible para el futuro de estas relaciones y para hacer de ellas un instrumento útil y eficaz en orden al bienestar de todas las colectividades de origen hispano.

Los tratadistas han observado cómo en América ha venido formándose un criterio especial de los problemas que afectan la vida internacional de los Estados; este criterio nace de una concepción peculiar de lo que han de ser el Derecho y la Justicia en las relaciones entre los pueblos. Los hispanoamericanos, que no han sostenido entre sí sino pleitos fronterizos desprovistos de todo intento de hegemonía, han mirado siempre la paz como un beneficio inapreciable que los éxitos de las armas nunca podrán igualar, compensar o aventajar. La causa primordial de esta disposición de los ánimos es que la fraternidad no es en América una palabra vana; siempre se ha estimado que ella debe existir dentro de una nación como base fundamental del orden social que se inspire en los preceptos evangélicos y que los mismos imperativos que la hacen necesaria entre los individuos deben constituirlos en norma de las relaciones internacionales. Todas las ideas que a este respecto se han presentado en el continente europeo a raíz de la gran guerra, ideas fundadas en aspiraciones de armonía y de solidaridad humana, han sido constantemente profesadas por los estadistas americanos que hicieron de ellas la base de todas sus iniciativas en las asambleas que se han reunido en América. Desde el año 1826 en que se celebró el Congreso de Panamá, hasta el año 1902 en que Chile y Argentina pactan por primera vez en el mundo



un Tratado de limitación de armamentos, las naciones americanas no han cesado de afirmar su adhesión inquebrantable a los principios generadores de la paz internacional.

En lo que va transcurrido del presente siglo se ha reforzado aún más este estado de los espíritus por medio de una propaganda incesante de la Prensa, de la cátedra universitaria y de la acción oficial de los gobiernos en asambleas y conferencias científicas, económicas y políticas.

No es extraño, pues, que al terminar la guerra y al buscarse en Europa, por vencedores y vencidos, soluciones del problema internacional que hagan imposibles nuevas catástrofes como la que ha asolado a la humanidad, se encontraran los países americanos preparados para sostener con todas sus energías un nuevo régimen de relaciones que tenga por base el arreglo pacífico de los conflictos internacionales. En esta misma disposición encontraron los acontecimientos a España cuyas aspiraciones nacionales de labor y de paz interior y exterior tienen su origen, como las nuestras, en unos mismos principios y en unos mismos ideales.

Esta identidad de aspiraciones de España y de las naciones americanas de su origen ha tenido elocuente exteriorización en las asambleas celebradas por la Sociedad de las Naciones. La unión de propósitos y la íntima colaboración que se ha establecido en esas asambleas entre los representantes de España y de la América española, han revelado que existe una gran unidad de miras y el mismo levantado espíritu para apreciar los más altos y sagrados intereses de la humanidad.

Puede afirmarse que todo sistema político que tenga por objeto reglamentar el derecho de los Estados en orden a la paz y a la justicia encontrará la aceptación y el apoyo de las naciones hispanoamericanas y que esta gran familia de pueblos practica ya doctrinas tan eficaces de altruísmo internacional que su sola presencia en las asambleas mundiales constituye una preciosa garantía para el afianzamiento de la concordia.

Hemos visto cómo la tradición ha vencido la acción del tiempo manteniendo vivo en América el espíritu de la raza; esta tradición ha sido siempre vínculo de unión entre los pueblos americanos de abolengo ibero y ha dejado sentir constantemente su influencia en la historia de las jóvenes nacionalidades de América. Tal ha ocurrido en las Conferencias Panamericanas que en las Repúblicas de origen español han aparecido unidas en la afirmación de una solidaridad racial.

Celebro la oportunidad que se me presenta para desvanecer, ciertas impresiones desfavorables que se han recogido en la Península en torno al carácter de dichas conferencias.

Estas Asambleas internacionales tienen por exclusivo objeto ventilar

cuestiones de convivencia en un mismo continente y en ella participan, naturalmente, todos los pueblos que a ese continente pertenecen sin distinción de nacionalidad ni de razas. De suerte que las resoluciones que allí se adopten no pueden nunca aspirar a tener la transcendencia íntima de los actos que como colectividades de un mismo origen podrían realizar las naciones de América española si fueren convocadas a Asambleas de la raza.

Nada autoriza, sin embargo, para sostener que las Conferencias Panamericanas son contrarias al interés de esa misma raza. Antes bien, pueden ser, y han sido ya, de gran utilidad en el sentido de permitir que las nacionalidades que la forman estén en contacto unas con otras y se aperciban mutuamente para precaverse dentro del continente americano contra los peligros que pudieran amenazarlas.

Los comentarios que se han hecho acerca de la última Conferencia Panamericana de Santiago no habrán sido, en todo caso, inútiles porque habrán servido para patentizar cuán necesario es que se constituya un organismo internacional que recogiendo todas las aspiraciones comunes a los pueblos de la raza y teniendo su centro en la Madre Patria consolide la unión de esta familia de naciones y la encamine en la alta misión que le corresponde dentro del concierto universal.

Mientras los estadistas estudian la manera de hacer práctica esta idea que flota aún en el ambiente de un modo confuso y embrionario, pero que responde a un certero instinto de las muchedumbres, hemos de empeñarnos todos en que la atmósfera de cordialidad en que vivimos se dilate cada vez más y en que se intensifiquen nuestras relaciones espirituales y económicas. Esto nos llevará seguramente a soluciones verdaderamente prácticas que satisfagan los generales anhelos de la opinión hispanoamericana.

Tenemos un ejemplo de la eficacia de esta acción en el último viaje de S. A. el Infante Don Fernando, quien llevó a Chile y a otras Repúblicas de Sudamérica la alta representación de S. M. el Rey. Cupo a quien os dirige la palabra la honra y la satisfacción de recibir oficialmente, en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, al augusto enviado de Don Alfonso XIII, quien, como es bien sabido, recibió en Chile un homenaje de simpatía y de afecto nunca igualado hasta ahora por representante de nación alguna en la América española. Estas significativas pruebas de cariño hacia la Madre Patria se están repitiendo en estos precisos momentos en que el ilustre Cardenal Benlloch recorre triunfalmente Argentina y Chile en desempeño de la hermosa misión espiritual que España le confiara ante algunos países de América.

Las importantes agrupaciones de súbditos españoles residentes en América dieron cima el pasado año a una iniciativa que promete ser fecunda en

beneficios para el fomento del comercio entre España y las Repúblicas de Ultramar. En efecto, el Primer Congreso del Comercio español, ha puesto en evidencia las muchas actividades que podrían emplearse en esta obra y los valiosos elementos con que se cuenta en la Península para realizarla.

Al calor de estas iniciativas surgirán otras cada vez más adecuadas para cumplir los fines que se trata de alcanzar porque los sentimientos mismos de los pueblos exigen que se traduzca en actos la unión que existe ya latente en las voluntades de todos.

Las más fecundas iniciativas no son, sin embargo, las que se acometen en el orden económico. Las espirituales preparan el camino a aquellas dejando huellas aún más profundas y consiguiendo resultados más vastos. El más interesante de los que se han obtenido hasta ahora de las Embajadas y Misiones, de los torneos y certámenes literarios, de la intensa comunicación intelectual que se viene desarrollando entre España y América, ha sido derribar la montaña de prejuicios que se habían acumulado en torno a la historia de la conquista y de la colonización del Nuevo Mundo.

Hoy que el conocimiento de los archivos ha arrojado plena luz sobre aquellos hechos disipando las tinieblas de la leyenda, los pueblos americanos vuelven sus ojos a España haciendo justicia a su obra y rindiendo un tributo de admiración a los instrumentos de ella, descubridores y exploradores, capitanes y misioneros, sin olvidar siquiera al modesto combatiente, al héroe anónimo que sacrificó su vida en aras del deber en los campos de batalla de América. Esto no es una simple figura de retórica; en el mismo día de hoy, Fiesta de la Raza, que conmemoran en estos momentos todos los pueblos hispanoamericanos, la nación chilena erige un monumento al soldado español de la guerra de la Independencia, monumento que se alzarán en las llanuras de Maipo, en el mismo sitio en que se librara la última batalla, sellando para siempre con este símbolo de reconciliación la fraternal amistad que ha de unir a España con Chile y con todas las naciones de la Raza.

Confiemos, pues, en que esa amistad cimentada en la sangre y en el afecto, ha de ir estrechándose de día en día hasta reunir a la gran familia hispana en un sólo haz, en una sola entidad espiritual e internacional que, bajo la inspiración del joven y brillante Monarca Don Alfonso XIII que, con tanto acierto, rige hoy los destinos de España, se presenta a la faz del mundo irradiando la fuerza invencible de esas armas que se llaman la Paz, la Justicia y el Derecho.



POESÍA DE D. ELOY ANDRÉS BLANCO

LEÍDA POR D. MANUEL MACHADO

BOEING DE L'ÉTAT ANDRÉS BLANCO

LEONOR DE ALBAZOR MACHADO

## CANTO A LA MADRE PATRIA

---

Yo me hundi hasta los hombros en el mar de Occidente,  
yo me hundi hasta los hombros en el mar de Colón,  
frente al sol las pupilas, contra el viento la frente  
y en la arena sin mancha sepultado el talón.

.....

¡Noble encina española de los conquistadores  
que en mitad del Océano perfumas el ciclón,  
bajo el mar las raíces, junto al cielo las flores  
y perdida a los cuatro vientos la ramazón!  
¡Cuando yo florecía, con los brazos tendidos,  
eras tú quien estaba floreciéndome así,  
y fui sonoro porque tuve nidos  
cuando tus ruiseñores anidaron en mí!

.....

Desprendida del texto, sobre la mar caía  
de Balaam la vieja profecía.  
Con un fulgor total de luna llena,  
marcando el derrotero,  
parecía colgada de una antena  
la mirada de Dios en el lucero.  
¡Estrella que defines sobre la frágil onda  
la ruta del bajel,  
en ti sintetizaron su mirada más honda  
los ojos de Isabel!  
¡Tú recuerdas al nauta en su camino,  
que es Dios quien fija el rumbo y da el destino  
y el marino es apenas la expresión de un anhelo,  
pues para andar sobre el azul marino  
hay que mirar hacia el azul del cielo!  
¡Qué sorpresa oceánica, qué abismal armonía  
la de aquellas auroras sin tormenta ni bruma,  
mientras en los costados de la «Santa María»  
derribaban las olas sus jinetes de espuma!  
¡Qué prodigio de azul! ¡Las carabelas  
tienen azul arriba y abajo y adelante!  
Sólo un blanco: las velas,  
y un verdor de esperanza: el almirante.

«¡Quiero volver a España!», clamó la algarabía,  
porque no presentía en esa hora  
que estando atrás España su barco dirigía  
hacia España la prora.

Y cuando al fin la anunciación de Triana  
fué de grímpola en grímpola, de mesana en mesana,  
y en pleno mar la isla irguió su flor,  
para los Reyes Magos que buscaban su nido,  
aquel mundo del mar recién nacido,  
fué como el de Belén el Salvador!

.....  
Esa era América. ¡Nadie le dió nada!  
De ti lo esperó todo; tú fuiste el dios y el hada;  
su palma estaba sola bajo el celeste azur;  
su luz no era reflejo, sino lumbre de estrella;  
presintiendo tus cruces, ya había visto ella  
cien calvarios sangrando bajo la Cruz del Sur.

.....  
Para cantar a España traigan a nuestro coro  
unos su voz de bronce y otros su voz de oro.

¡Poeta, labrador, soldado, todos,  
en diversos altares y por distintos modos,  
poetas por el númen vital del optimismo!  
¡Canten sus églogas los labradores,  
entone el jardinero su madrigal de flores  
y agite el navegante su poema de abismo!

¡Y canten por la España de siempre, por la vieja  
y por la nueva, por la de Pelayo  
y por la que suspira tras la reja;  
por la de Uclés y la del Dos de Mayo;  
por la del mar y por la de Pavía  
y por la del torero..... ¡España mía!  
pues siendo personal eres más grande;  
por la de Goya y por la de Berceo,  
y por el Pirineo,  
que ansiando más azul subió hasta el Ande.  
Por toda España, torreón de piedra,  
con un Cristo tallado bajo tala de hiedra.

Por la que da una mano del Quijote en Lepanto  
y en Calderón descifra, como Daniel, la Vida,  
y por la que saluda y tira el manto  
cuando la cigarrera va a la corrida.....  
Por Gerona sin Francia, por Numancia sin Roma,  
por Galicia emigrante, por Valencia huertana;  
por la que se sonroja cuando asoma  
el estilete de Villamediana;



por un Alfonso Díez, que hace las leyes;  
por un Alfonso Trece, que es la ley de los Reyes;  
por la que, mientras ruge Gonzálo en Ceriñola,  
toma una espina al huerto de Loyola,  
toma una flor al huerto de Teresa;  
por Aragón, que el fuero consagra y multiplica;  
por Aragón, donde la Pilarica  
dijo que no quería ser francesa.....

Por León y Asturias, Aventino de España;  
por Guipúzcoa, dormida en la montaña;  
por los tres lotos de las Baleares,  
y por Andalucía que va a Sierra Morena,  
y por Andalucía de la Macarena,  
y Andalucía de los olivares.....  
Por Canarias del Teide, que es un fanal y un grito.....  
—canario de Canarias..... ¡oh, dulce don Benito!.....—

Por Cataluña, cuerno de abundancia;  
por Navarra, que dijo: «¡Mala la hubiste, Francia!»;  
por las lanzas de Diego velando una Menina;  
por la tierra que ríos de maravilla riegan  
y por Castilla, a cuyos pies doblegan  
Saúl la espada y Débora la encina.  
Castilla, hembra de acero de forja toledana,  
cuyo encanto en la vía requetó Santillana.  
Castilla, que en las armas de Santander gobierna  
su nave con las velas hinchadas de galerna;  
Castilla del Imperio y de Padilla;  
¡Castilla, que en sus Reinas es la madre Castilla  
para los goces y los desamparos,  
desde Isabel que forma la escuadrilla,  
hasta Victoria de los ojos claros!.....

¡Y canten por la España ultramarina,  
la que dirá a los siglos con su voz colombina  
que el Imperio español no tiene fin,  
porque aquí, madre mía, son barro de tu barro  
lobeznos de Bolívar, cachorros de Pizarro,  
nietos de Moctezuma, hijos de San Martín!  
...¡Y una voz que refleja la exaltación suprema  
por el prodigio vasco sintetice el poema!  
¡Por el prodigio vasco! Tierra de Rentería  
donde el primer Bolívar, mirando al mar un día,  
pudo decir: «¡También Vizcaya es ancha!»  
¡Por ti, cántabra piedra, que me diste la gloria  
de aquel que va gritando por la historia  
caballero al galope de un rocín de la Mancha!

.....



Hazte a la mar, España; eres su dueño,  
porque tus carabelas le arrancaron al sueño  
y desde que, angustiado de trinos españoles,  
el turpial de «Goyescas» se abatió en las arenas  
hay más gemidos en los caracoles  
y son más armoniosas las sirenas.

¡Hazte a la mar, Quijote! Nave de la esperanza  
una adarga la vela y el bauprés una lanza,  
cierra contra el rebaño que en las olas blanquea,  
cobra al futuro el secular reposo,  
que hay en estas riberas del Toboso  
lechos de palmas para Dulcinea.

Todo el mar de Occidente rebose de murmullos,  
el árbol de la lengua se arrebuje en capullos,  
haya en España mimos y en América arrullos,  
el mismo vuelo tienda al porvenir los dos,  
y el mundo, estupefacto, verá las maravillas  
de una raza que tiene por pedestal tres quillas  
y crece como un árbol hacia el cielo, ¡hacia Dios!.....



**DISCURSO DEL SR. D. RUY DE LUGO-VIÑA**  
**COMISIONADO DEL MUNICIPIO DE LA HABANA**

AYUNTAMIENTO DE MADRID  
SECRETARÍA DE FISCALÍA Y ECONOMÍA

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORAS Y SEÑORES:

En cabildo abierto, señor Alcalde y señores Concejales del Ayuntamiento de Madrid, yo os vengo a devolver a través de trescientos cuarenta y nueve años la visita de D. Alonso de Cáceres, aquel codificador vuestro que estuvo en la última de las fundaciones de D. Diego Velázquez para mejor aplicar y adaptar las sabias leyes de Indias. Es así como este heraldo de una nueva doctrina cierra con su presencia en esta ilustre cátedra el ciclo que abriera en 1574 con su codificación memorable aquel modesto visitador que, al crear para la villa de San Cristóbal de la Habana sus propias ordenanzas, robusteció sociológicamente las bases de la autonomía municipal que ahora me permite llegar y hablar ante vosotros de un proyecto de intermunicipalidad que ojalá acojáis con beneplácito, porque yo vengo con los brazos abiertos donde caben por igual el amor a España y el amor a Cuba, yo vengo a ofreceros un credo civil, un credo de fraternidad humana, un credo de amor inmenso que debe unir al mundo acercando a las gentes dispersas y divididas, y que dentro de la órbita de ese mundo debe solidificar el mundo de nuestra Raza, de nuestra Raza siempre gloriosa que lo ha sido tanto que se ha hecho digna de compartir con iguales derechos el maravilloso portento de América y la secular grandeza de España. (*Grandes aplausos.*)

En cabildo abierto yo os vengo a hablar de la intermunicipalidad, teoría de que he sido en Cuba iniciador humilde, aunque esforzado y fervorísimo propagandista dentro y fuera de ella. El Ayuntamiento de la Habana adoptó mi teoría y el Municipio la proclamó; la Quinta Conferencia Panamericana, por el voto unánime de diez y ocho naciones, la recomendó a la América continental y antillana, y en Ginebra recientemente, por la totalidad de sufragios de las Delegaciones concurrentes a la magna asamblea, acaba de incluirse en la orden del día de la reunión que se habrá de efectuar el año próximo. ¡Esa es mi iniciativa, esa es mi idea! No la amparo en un personal prestigio de que carezco; podría apoyarla en tierra española con mi apellido, que es el de una familia que conquistara vastas posesiones para vuestro Imperio colonial. Pero mejor será, señoras y señores, que la ampare y apoye en nombre de nuestra tradición común, porque en nombre de esa tradición yo he evocado ahora aquí el recuerdo de D. Alonso de Cáceres; porque en

nombre de esa tradición el escudo de la muy heroica y muy leal villa de los tres castillos y de la llave del Nuevo Mundo conserva aún como timbre de gloria la real corona, cual si estuviera poseída de su propia realeza; porque en nombre de esa tradición yo tuve la honra altísima de presidir la Comisión municipal que acompañara en su viaje trasatlántico a la primera colectividad excursionista que ha venido de América a España, y porque en nombre de esa tradición yo quiero recordaros aquí, en este momento transcendental y solemne, yo quiero recordaros que una vez, frente a la invasión inglesa a tierra cubana que entonces todavía lo era políticamente vuestra, españoles y cubanos confundidos fueron todos como uno solo en la temeridad y en el sacrificio para ofrendar al enemigo común la sangre de peninsulares e isleños, derramándola en el suelo nuestro, vuestro suelo, para hacer de aquella acción, como de todas las de la grey hispánica, una gloria más de la Raza. ¡Y yo debo añadir que en nombre de esa tradición, jamás olvidada, juntos estaremos también en cualquier momento futuro de defensa y de peligro, lo mismo allá en mi patria hospitalaria que aquí en la vuestra generosa, para ofrendar de nuevo la sangre inextinguible de la Raza! (*Grandes y repetidos aplausos.*)

Puesto que así habéis acogido mis palabras, con tal beneplácito, ya que no por la locución misma sí por la idealidad que las inspira, yo quiero afirmaros, puedo afirmaros que Cuba es España (*aplausos*) y que lo es y que lo puede ser porque aquí se fundió en bronce la estatua de nuestro gran Maceo, que era español por lo que había de estirpe blanca en el bronce de su arrogante figura estatuaria; que lo es y que lo puede ser, así como toda América es también alma y carne de España, porque allá en los campos de la batalla de Maipo, que acaba de anunciaroslo el Sr. Ministro de Chile, se levantará un monumento que no celebrará una victoria ni conmemorará una derrota, sino que se elevará hasta el más alto picacho de los Andes, tan a lo alto que hasta allí no pueda llegar el vuelo de las águilas, levantando hasta los cielos esa gloria racial que es tanto vuestra como nuestra, que por igual compartimos, ya que no es privilegio de una nación, de un pueblo, de un ejército, de un paladín, sino de la raza fecunda que engendró veinte naciones, que dió aliento a los pueblos que las componen, y que con los ejércitos y capitanes de las luchas emancipadores y de la represión realista ha perpetuado en una historia de capítulos inmortales el valor indomable de la extirpe. ¡Por eso España no se partió en dos, como ha dicho la ilustre escritora doña Blanca de los Ríos, sino que se completó al conquistar y colonizar a América, superando así a Roma la madre latina! (*Grandes aplausos.*)

Yo me complazco en hablaros invocando la prosapia democrática de vuestra historia municipal, que fué grande en las provincias vascongadas, en

Cataluña, en Aragón y en Castilla, como grande fué también en la creación literaria con la figura maravillosa del Alcalde de Zalamea. Yo me enorgullezco de ser portavoz de este mensaje de América, porque en él está condensado un pensamiento nuevo donde se puede encerrar, abriendo más ancho espacio al derecho internacional, todo ese aporte magnífico de tradiciones que la Raza brinda a su unidad actual y a su posible unificación absoluta. Cuando eso ocurra, ya este momento porque atravesamos no será una nebulosa—como ha dado a entender el Sr. Ministro de Chile—puesto que cuando titubeen los Gobiernos, cuando se sientan débiles, incapaces o ariscos cuando carezcan de la autoridad moral que sólo se alcanza continuando la pureza y entereza de acción con que antaño se hicieron grandes y fuertes las comunidades populares, cuando haya plenamente fracasado la política de los gobiernos y surja prepotente la de los pueblos, entonces las comunas, a cabildo abierto, a campo abierto, podrán hacer llegar sus voces a España nuestras asambleas gregarias y España podrá fundir con las de América sus aspiraciones ¡ya que por algo vemos surgir de nuestra evocada tradición los Códigos de D. Alonso de Cáceres, la fundación civil que hiciera Hernán Cortés en la corte imperial de los aztecas y los gritos de santa rebeldía del Cabildo de Buenos Aires! (*Aplausos.*)

Municipal fué la iniciativa de la Fiesta de la Raza, y hoy la celebran todas las diversas nacionalidades de una misma lengua. Municipal es este credo que os anuncio y en nombre del cual os invito a una congregación de ideales, que han de ser por fuerza semejantes puesto que una misma tradición los magnifica y exalta. ¡Ojalá que en su día, porque ese día aún no llegado para intermunicipalidad naciente, tenga mi iniciativa como esta fiesta que ahora celebramos, una repercusión en todos los ámbitos del mundo, poblados, transformados y engrandecidos por la Raza! Pero yo deseo adelantarme a toda noción de tiempo y de espacio, y por eso, así como los heraldos de Lima os ofrecieron la llave de la Ciudad de los Virreyes y de las romancescas leyendas coloniales, de Pizarro y de los incas, trazando un gesto alegórico yo os ofrezco en mi mano fraterna la llave simbólica del Nuevo Mundo que aparece en el escudo de la Habana como un designio providencial, para que con ella abráis, españoles, las puertas de toda la América si es que alguna vez, por insidia de otras razas, pretende cerraros su corazón al amor de la Raza nuestra, divinizada en ambas riberas del atlántico mar de nuestra esperanza por el heroísmo y por el martirio..... (*Prolongada ovación, que obliga al orador a saludar repetidas veces.*)





**DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO**  
**RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL**



ORDENADO EN OFICINA DE LA SECRETARIA DE LA AYUNTAMIENTO DE MADRID  
A LOS SEÑORES CONCEJALES Y AL PUEBLO

(Al ocupar la tribuna el Rector de la Universidad Central, es objeto de una estruendosa ovación).

EXCMO. SEÑOR, SEÑORAS Y SEÑORES:

Un año más en la celebración de la Fiesta de la Raza sin que haya decaimiento en su magnificencia ni desvío en la atención pública para celebrarla es, desde luego, testimonio de la razón con que ha sido instituida. Parecerá una fiesta, quizá, puramente vana, para halagar los sentimientos o para recreo de momento; pero fiestas de esta índole son de gran transcendencia como despertadoras del espíritu y de la conciencia nacionales de un pueblo que se ha visto preterido durante siglos, censurado, maltratado por los que criticaban su obra. Ahora, en este momento, al verse aclamado y alabado por sus hijos, empieza a darse cuenta de lo que fué y empieza a sentir la dignidad de su propia obra. (Aplausos.)

¡Cuánto se ha dicho de España en torno a la que se ha llamado su leyenda negra! ¡Cuánta injusticia! ¡Cuánta calumnia! Por no fatigaros prescindiré de enumerar casos diversos y me limitaré a citar uno sólo, demostrativo de la infamia que con nuestra Patria se ha venido cometiendo. Se ha dicho con reiteración que no había existido nada más dañino y perjudicial para la mentalidad americana que el fanatismo de los misioneros y la crueldad de los guerreros que detrás de los misioneros marchaban. El Padre Acosta, autor de un libro escrito en latín bajo el título: *De procuranda indorum salute*, aún no traducido en castellano, compuso una verdadera guía de confesores cuyo propósito no era otro que el de procurar la salvación del alma de los indígenas del Nuevo Mundo. Para ello, el Padre Acosta da reglas encaminadas a la conversión de los indios, sin violencias ni conmociones espirituales, sacándolos insensiblemente de las creencias idolátricas en que vivían y llevándolos por amable convicción a las creencias del cristianismo. Así escribió el Padre Acosta. ¿Puede, por tanto, decirse que la obra de catequesis española ha sido fanática y bárbara? ¿Cabe nada más humano?

La eminentísima escritora doña Blanca de los Ríos, en las cuartillas ins-

piradas con que acaba de instruirnos y deleitarnos, hablaba de la obra de amor llevada a cabo por España, y yo he de añadir que, como un testimonio de esa afirmación, se ofrecen las palabras de sublime sencillez del libro del Padre Acosta. ¿No ha llegado, pues, el caso de que un país, que a centenares puede presentar análogos testimonios de su colonización, como España, salga de su mutismo, de su aparente resignación y rechace, con acentos de encendida indignación, esos calificativos de bárbaro, cruel, fanático e ignorante, que, un día y otro, han venido a herirle en sus más íntimos sentimientos? Felizmente, esta falsa leyenda empieza a desvanecerse; los mismos americanos comienzan a conocer su verdadera historia, y esto debe ser para nosotros, españoles, motivo de regocijo, porque viene a ser una reparación de la serie inagotable de injusticias cometidas con nuestro pueblo, sin par de la historia del mundo. (*Grandes aplausos.*)

Hay, señores, quien dice que esta Fiesta de la Raza es un acto sentimental; que debiéramos prescindir de él y ocuparnos intensamente en todo cuanto tenga relación con los intereses de orden material. En parte, es verdad; pero sólo en parte porque no debemos prescindir de lo espiritual que es el *primum modeus* de toda la vida humana.

Así como todo invento material, por portentoso que sea, antes es idea, concepto puro y hasta presunción vaga en la mente, toda obra social y política es antes anhelo del alma determinante de impulsos del espíritu. Celebrar fiestas como la presente es laborar por la positiva y leal compenetración de pueblos hermanos. No todo ha de ser intereses materiales, negociaciones, cotizaciones bursátiles; es preciso no descuidar el sentimiento, porque las almas son en sus arranques también positivamente poderosas, y si en ellas hay un fondo sentimental, un fondo afectivo, las contrariedades económicas serán fugaces y llevaderas, y el amor será perenne, la inteligencia amistosa proseguirá y con ella la obra de concordia que todos ansiamos.

Es, pues, la Fiesta de la Raza, una fiesta que tiene un valor positivo.

Y al hablar, señores, como lo hago, en nombre de España, pocas palabras debo pronunciar, porque aunque la fiesta sea por igual de todos los pueblos hispánicos, es una fiesta en que España representa el papel de madre, y, ya lo sabemos, en las fiestas de familia los hijos son los que principalmente llevan la voz de las manifestaciones afectivas y la madre se limita a recibir el homenaje, agradeciéndole, recreándose en los honores que se la rinden. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Algo, muy poco más, he de decir, y es: que este de la Fiesta de la Raza es un día de altísima consolación para la Madre España, porque sus hijos cada vez más ricos y poderosos, llegarán en un futuro no muy remoto a mostrarse dispuestos y capacitados para intervenir en el mundo como inter-

vino España en el siglo xvi y probablemente asociados a nuestra Patria, y esta no de manera pasiva.

Recordando lo que Andrés Bello, el gran poeta americano, refiriéndose a España después de la victoria de Bailén, decía al coloso del siglo, podemos manifestar que también España tiene energías propias, que será elemento activo reforzado en su acción por la fuerza poderosa de los hispano-americanos, volviendo a actuar en la historia como en los tiempos de su grandeza.

Estoy ya al fin de mi vida, declinando rápidamente; pero sigo con las mismas ilusiones de la juventud, con las ilusiones patrióticas, que siempre he sentido fervorosamente, a pesar de todas las críticas despiadadas que del patriotismo se han hecho, la estimación creciente de la obra de España, honradamente proclamada por historiadores de alto vuelo y reconocida también por halagadoras manifestaciones de las muchedumbres. Ahora que sus hijas se reúnen en torno suyo para formar la gran familia de la Raza debo decir que llegará el tiempo—y no está muy lejano—en que la constituirán seiscientos millones de almas, y esa gran familia de la Raza será uno de los elementos más poderosos e influyentes en los futuros destinos del mundo.

En nombre de España he de agradecer con todo el alma a los representantes de los países americanos, que aquí, tan elocuente y consoladamente, para nuestras pasadas mortificaciones, han intervenido el homenaje que se la tributa en esta fiesta. En todo instante ofrecerá su colaboración entusiasta para que no se regateen recursos, a fin de que la obra que España realizó en el siglo xvi sea un prólogo que estimule a sus hijas a continuar, rebasándola, aquella gran empresa en los siglos venideros (*Grandes y atronadores aplausos.*)





DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. MIGUEL PRIMO DE RIVERA,  
MARQUÉS DE ESTELLA

RESOLUCION DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

DE 1907

SEÑORAS Y SEÑORES:

Ya había sido causa bastante para producir en mi honda turbación el aplauso con que, al entrar en este salón histórico y de tan gloriosa tradición, habéis recibido a los representantes del Gobierno, aplauso demandador de una actuación que, seguramente, está en nuestras voluntades y que no sabemos si alcanzará a desarrollar nuestra limitada capacidad. Más esta turbación ha llegado a tener una intensidad extraordinaria ante el verdadero derroche de elocuencia que ha precedido en este Paraninfo a las modestísimas palabras que he de pronunciar.

He sido honrado por S. M. el Rey—y es deber inexcusable en mí darle cumplimiento—, con el encargo de saludar, en su nombre, a los Jefes de todos los Estados americanos representados en esta hermosa fiesta. Mis palabras, además, han de adquirir una modesta extensión, estimulado por las muy importantes e interesantísimas que todos hemos oído, y obligado también a exteriorizar el anhelo comprendido en el programa de este Gobierno, que no por modesto se deja de considerar como honrosísima representación del Poder público y continuación de los que lo hayan representado en la marcha y desenvolvimiento de la Madre España.

He de recoger del Sr. Aldunate, del Sr. Lugo-Viña y de cuantos han hecho alusión al desenvolvimiento que constituye y caracteriza hoy la acción en América, aquellas palabras que pronunciaron de efusión, de cordialidad, de olvido completo para los días de la conquista guerrera, de lucha en que tomamos parte en las más recientes los que aún tenemos la inmodesta presunción de no ser del todo viejos; y sin embargo fuimos en ellas actores, a los que no ha podido mortificar oír en este salón, sonar nombres de los que fueron nuestros enemigos en los campos de batalla, demostrando esto que se ha sobrepuesto hoy al cabo de aquellas luchas, el amor común que ha borrado todas las diferencias, todos los agravios para elevarse en una noble y alta espiritualidad hacia el ideal español, que tuvo su arranque en la conquista de América, no en la conquista militar, en la conquista de corazones y entendimientos que hicimos para la civilización, en la que hicimos



para la hermosa lengua castellana, en aquella conquista que hizo que el solar ibero, en que está enclavada la madre España, tuviera entonces y tenga hoy una extensión que rebasa todos los límites (*Aplausos.*)

Si en Chile se va a levantar un monumento al soldado combatiente contra la independencia que hoy gozan; si en nombre de Cuba se ha citado al caudillo Maceo, al que ella con razón considera como una gloria análoga a la de los guerrilleros de nuestra independencia; si la señora Viuda de Lampérez, a la que dirijo el más respetuoso saludo, ha sabido hacer, como nos ha dicho desde la Tribuna, el sacrificio de su dolor para incorporar sus sentimientos a este día de tan larga tradición en ella, pues se unió al movimiento de la Fiesta de la Raza desde su iniciación; si todos los ideales hoy son de amor, de olvido y de rencores ¿qué menos podemos pedir a España en estos momentos que acoja amorosa a todos sus hijos y que todos unidos contribuyamos a una obra de regeneración mundial, de saneamiento y purificación social, en la cual nosotros no venimos a humillar a nadie el título de mejores, sino de más obligados; de ser los iniciadores?

Nuestra organización militar, nuestra vida propia estaba tan lacerada, tan enferma como la de todos los organismos nacionales. Por eso precisamente hemos iniciado este movimiento—que acaso éramos los únicos que lo podíamos iniciar—que nos llevó a decidir después de un sereno examen de conciencia, que el más noble, el más patriótico uso que podíamos hacer de la fuerza que la Patria puso en nuestras manos era emplearla en abrir el dique por el que las aguas habían de correr por cauce de orden, evitando que la corriente desbordada arrastrará a la Nación anegándola en una ola devastadora. (*Grandes y prolongados aplausos.*) Este es el deber que hemos venido a cumplir y al cual, con unción religiosa, hemos de prestar solemne ratificación en este día, que no es solamente día de la Raza, sino que es también día de la Virgen del Pilar.

He dicho que afirmamos nuestro propósito porque; aunque no nos entretendremos en pequeñeces personales, que no harían honor a nuestra obra, realizaremos su parte esencial. Entre los más duros sacrificios que nos hemos impuesto, entre aquellos que no podemos eludir en la magistratura que ejercemos, figura la tramitación ante los Tribunales de aquellos delitos y faltas que contribuyeron a perturbar, a empobrecer, a torturar a la pobre madre Patria. Pero no será esta una labor de rencores personales, pues sería indigno de la investidura que se nos ha otorgado y del honroso uniforme que vestimos, si sólo con tan exiguo programa, con tan pobre orientación hubiéramos venido a nuestros puestos. (*Vivas y aplausos.*)

Al reiterar, en nombre de S. M. el Rey, el saludo para los representantes de los Estados americanos aquí presentes, quiero hacer también la

consignación de que el Gobierno que hoy ocupa el Poder o el que el día de mañana sea su continuador (porque los Gobiernos no son los hombres que lo representan, sino los ideales que encarnan y la representación que encarnan y la representación que ostentan), tiene el propósito firmísimo de desarrollar con América toda aquella corriente de espiritualidad y de vida que está en la entraña del alma española.

Nosotros nos proponemos—y voy a empezar por lo más modesto porque es lo que tenemos más próximo—inaugurar en Madrid la Gran Avenida de América, donde queremos ofrecer el solar de los palacios en que se alojen, como huéspedes queridos e ilustres, todos los ministros y representaciones de América. (*Aplausos.*)

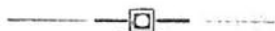
Queremos también, en este mismo día, afirmar, ya que es el día de la Raza, que deseamos hacer una raza fuerte; que queremos divulgar en toda la nación aquella enseñanza física necesaria para que en todos pueblos, hasta en los humildes, la raza se fortalezca, los hombres tengan aquella sanidad corporal que se requiere para tener la fortaleza mental que compendia la máxima: *Mens sana in corpore sano*.

Nosotros queremos que nuestras líneas aéreas que van a partir de la poética Sevilla, lleguen a Buenos Aires, para que, atravesando los Andes, en vuelo anhelante y peligrosísimo, lleguen a Chile, siendo así nuestros mensajeros alados para América. Queremos, finalmente, que nuestras líneas de navegación puedan competir en rapidez y en vida cómoda y confortable con todas las demás líneas europeas, para que sean preferidas por nuestros hermanos los americanos en sus viajes, por su comodidad y frecuentes servicios.

No por cumplir una fórmula, sino porque es expresión de la realidad, he de decir que tenemos para América un amor verdadero, que la consideramos como verdadera hermana nuestra; que aspiramos a que entre ella y nosotros no existan fronteras que el amor algún día borrará en el mundo, aunque esto parezca una herejía decirlo cuando acabamos de salir de una inmensa conflagración originada precisamente por la defensa de fronteras. Acaso la grandeza de esa guerra haga que otra guerra esté más lejana, pues no en balde han nacido sociedades como la de las Naciones que tiene por principal misión la de que aquellas luchas se acaben entre los hombres, ya que donde se pueda consagrar el derecho apoyado por la fuerza no volverán a jugar ni a hablar las armas.

Cierto es que las armas han dirimido muchas cuestiones; pero si las armas no amparan la razón, si no defienden el derecho, si no apoyan un ideal de progreso y de justicia, si no son manejadas con una falta absoluta de ambición y de egoísmo, no se habrá hecho uso noble de ellas. (*Grandes aplausos.*)

Y nada más. Muchísimas gracias por los inmerecidos aplausos que nos habéis dedicado; muchísimas gracias por la paciencia con que habéis escuchado mis deshilvanadas pero muy sentidas palabras, y en nombre de S. M. queda terminada esta hermosísima fiesta. (*Ovación delirante que se prolonga durante largo rato.*)



## LA GRANDIOSA EMPRESA DE COLÓN

---

Fué durante mucho tiempo mi obsesionante y anhelado propósito el instituir ante la invocación de tan imperecedera página, cual lo es el descubrimiento de América que puso sobre la corona de España su más rico florón, una fiesta con la que habrá de conservarse de un modo inmutable la grandeza y significación de aquella memorable y eternamente gloriosa fecha elegida por providencial decreto para que con ella nacieran para los más altos destinos mundos hasta entonces inexplorados.

La Fiesta de la Raza—fiesta de amor, de confraternidad, de cultura y de patriotismo—por significar, como nos dejó dicho el insigne maestro Cavia: «el justísimo homenaje que debemos tributar a la España del pasado y una afirmación de vínculos en el presente y para el porvenir entre todos cuantos pueblos se han formado con nuestra sangre, nuestro idioma y nuestro constante esfuerzo, no por desviado y desigual en cien tristes ocasiones, menos real, efectivo y fecundo en el curso del tiempo y de las cosas».

La Fiesta de la Raza deberá ser, por tanto, la recíproca conmemoración de una fecha que creó para la historia de la Humanidad así como un ritmo abierto a la más infinita y embriagadora expansión del amor y de las esperanzas.....; el efusivo, entrañable y dilatado abrazo de dos mares....., de dos civilizaciones.

Y claro está que como hombres de nuestro tiempo, no habíamos de limitarnos al rememorar tan excelso día en que España, al descubrir el Continente americano administró el bautismo a un Nuevo Mundo, a una exaltación del verbo lírico y romántico, a flamear con la bandera del idioma de Cervantes palabras y conceptos henchidos de amor y de fe, sino que era preciso asociar otros aspectos fundamentales que, vinculando comunes energías establecieron entre América y España sólidas amarras.

A estos efectos, el Ayuntamiento de Madrid, al que por aquella época tenía el honor de pertenecer como Concejal, con diligente y eficaz solicitud acogiendo la idea que tuve la honra de ofrecerle, instituyó en solemne y memorable sesión la Fiesta de la Raza.

En cuanto a la transcendental importancia de esta fiesta, instituída con carácter de aniversario, no me cumple más que decir que aunque sobre toda la española gente, definitivamente se levantaron otras gentes más afortunadas o más diestras, que por su espíritu destructor todo lo ibérico cayera en

ruínas, importaría poco o nada a nuestra bien adquirida gloria en el descubrimiento de América que escritores como Solórzano y Pellicer suponen haber sido presentido nada menos que en la profecía de Isaías, Ezequiel y David, y en los textos de los evangelistas; traduciendo, según Tomás Boccio, el erudito teólogo, en videntes palabras de Isaías hasta el nombre de Colón, cuando dice: «¿Quiénes son éstas que vuelan como nubes y como «palomas»? Pues las islas me «esperan» y las naves del mar en el principio, para que traigan a sus hijos desde lejos y su plata y oro con sellos».

También Posidonio, maestro de Cicerón, había dicho que la longitud habitable de nuestro planeta era de setenta mil estadios, añadiendo: «Si uno navegase desde Poniente con soplo Euro igual número de estadios, arribaría necesariamente al país de los indios».

Mas este lenguaje, como no era cierto como la palabra de Dios, no fue comprendido por los hombres de aquellos tiempos. Diódoro de Sicilia, el que fue maestro de César, es el que entrevió, según se nos dice en libro segundo de sus *Historias*, una isla preciosa, como la rica joya del Nuevo Mundo tan maravillosamente descubierto.

Teopompo, profeta como Platón el de la Atlántida, en sublime inspiración dice de Oriente a Poniente, a todos cuantos oyeren y escucharen: «Único y verdadero continente es aquel que se halla de la otra parte oculto».

Cicerón, Eliano, Mazudi, Macrobio y Marciano Capella aventuraron también la existencia de otro continente antípoda al nuestro.

Mas he aquí que el bueno y justo, el inspirado Manasés Ben Israel asegura que las diez tribus cautivas de Salmansar el guerrero pasaron desde el Eufrates a una región remota. Y Genebrardo, el sabio en leyes rabínicas, dice de ésta: «La tierra de Assabec es la Tartaria mayor, desde donde fueron a la Groenlandia y de allí, por el estrecho de Davis, a la tierra del Salvador, que es ya tierra de Indias, la cual tierra sólo dista cincuenta leguas de la Groenlandia». También en una erudita monografía del ilustre escritor francés M. Gaffarel, ponía éste una curiosa interrogación a las posibles relaciones que el Antiguo Mundo y América existieran en la Edad Media.

Un gran pensador nacido en España, el gran Séneca, fué otro de los que hablaron a los mortales de un Nuevo Mundo, inexplorado en la parte por donde el sol se pone; y el padre José de Acosta tradujo así en su *Historia natural y moral de las Indias* (libro 1.º, cap. XI), la profecía que Séneca escribió en la tragedia *Medea* (acto segundo al final).

«Tras largos años vendrá  
un siglo nuevo y dichoso,  
que al Océano anchuroso  
sus límites pasará.



Descubrirán grande tierra,  
verán otro *Nuevo Mundo*  
navegando el gran profundo  
que ahora el paso nos cierra.

La Thule tan afamada,  
como del mundo postrera,  
quedará en esta carrera  
por muy cercana contada.»

Fué en el año 1492 cuando Colón descubrió la primera isla americana, en el de 1498 cuando descubrió el continente por la parte llamada «Pária». De un año después es la *Crónica de Aragón* por el R. P. Fray Gauberto Fabricio de Vagad, Monje de San Bernardo y expresamente profeso en el santo y devoto Monasterio de Santa María de Santa Fe (Zaragoza), y después reconocida y en algo examinada por el magnífico y egregio Doctor Nicer Gonzalo García de Santa María.

Imprimióse en Zaragoza. Es esta la primera vez que en la Historia se habló del descubrimiento de América con estas palabras que muestran el asombro y maravilla que había causado a los españoles, y que por su venerable antigüedad—como con tanto acierto y oportunidad recomienda el sabio maestro, D. Julio Cejador—deben guardar los americanos como la más insigne reliquia histórica:

«Oid pues otra novedad no menos grande que nueva y extraña. Oid un gran fecho y tan digno de oirse que dél se maravillan todas las mares: maravillan tiemblan y se espantan las yslas tan de nuevo: más tan nunca fasta agora falladas y fasta el mundo del otro mundo queda vencido y maravillado: que allende nuestro emisferio dizen que están en la vuelta y del otro cabo del mar se han de nuevo fallado estas yslas que nuevamente descubre la gente animosa y tan valiente de hespaña. Y poco pensais que estan espantadas las gentes del otro cabo del mundo del tanto poderío, magestad y grandeza tan desygual de coraçon y esfuerzo de nuestros hespañoles: que han osado epremder lo que nunca ni el Alixandre emprendió: han puesto las manos en lo que nunca los césaes las osaron poner: nunca los Hércules se atrevieron pensar en penetrar quando menos las nunca marcadas mares de allá, de allá digo y fasta debaxo del mundo; en descubrir un secreto tan cerrado y metido en las mismas entrañas de la profunda naturaleza en buscar a la postre mas en fallar que es mucho mas las tan escondidos y tan extraños gentios que en viendo asomar nuestra gente pensaron que venían del cielo, que el Señor del Universo desde allá de las estrellas les enviaba de nuevo mensaje o que mayor novedad esperayo pues oir. ¿Conozca pues la gente del mundo, conozca que quien descubre otro mundo que debe del mundo levar lo mejor, conozca la excelencia de hespaña cuya nóbleza y coraçon es tan grande que ni cabe en el mundo ni cabe en los mares.»

Todo cuanto llevo manifestado justifica plenamente la atención que los eruditos investigadores han venido prestando a esta clase de estudios e investigaciones desde la más clásica antigüedad y el particular interés de sus trabajos geográficos e históricos, dirigidos con especial preferencia a las comarcas occidentales de nuestro globo. Mas no es mi propósito entrar en prolija disertación sobre tema tan vasto que el caudal científico e histórico de todos los pueblos ha pretendido desentrañar, porque todas son arbitrarias conjeturas y suposiciones más o menos fundadas y remotas, que en la tupida niebla de la verdad histórica se esfuman, hasta que Colón, el glorioso e inmortal navegante, que supo dilatar los confines del mundo con su maravillosa intuitiva de una parte, y de otra por los conocimientos cosmográficos que poseía, que fueron los que le aseguraron la posibilidad de una nueva y más corta ruta en el Océano para las Indias, descubre las vírgenes tierras y puede decir a la Reina de Castilla, su augusta protectora, cuando ante ella hizo su presentación en Barcelona: «Señora, mis esperanzas se han cumplido, mis planes se han realizado, vengo a mostrar mi gratitud a vuestra generosidad, a ofrecer al dominio de vuestro cetro y de vuestra corona, regiones, tierras y habitantes hasta ahora desconocidos del mundo antiguo, a ofreceros una conquista que no ha costado hasta ahora a la Humanidad, ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima; a vuestras plantas presento los testimonios que acreditan el feliz resultado de mi expedición, y el homenaje de mis más profundos respetos a unos Soberanos a quienes tanta gloria en ella cabe».

Bellas y efusivas palabras las que anteceden, que son el mejor comentario que podríamos hacer a la grandiosa empresa de Colón, desdeñado de propios y extraños, menospreciado por los poderosos, ridiculizado por los que se creían sabios y protegido tan sólo por la magnánima y católica Reina Isabel.

Fué el ilustre y nunca bastante llorado estadista, D. Antonio Cánovas del Castillo, autoridad indiscutible en los estudios históricos, el que nos dejó dicho: «Siempre la nave que el modesto río Odiel penetre, obligará a alguno, por ignorantes que a sus tripulantes imaginemos, que con respeto salude la barra y las costas desde donde se lanzaron al temerario Atlántico aquellos personajes, sin disputa épicos, Colón, Pinzón y sus valerosos compañeros de Palos, Moguer y Huelva.»

Siempre se recordará—añadió—en nuestro planeta, que el conocimiento de su unificación no queda completo hasta que sobre las aguas del mar dibujaron su contorno las naves y banderas de España... Por que aunque se hundiesen todas los monumentos y pereciese la civilización misma, con tal que siquiera permaneciese el divino Arte de la Imprenta, los nombres de

Colón, España y América, en indisoluble y vigoroso lazo vivirían eternamente.

Ahora, enviando en el memorable día de hoy a todos los queridos pueblos de la dilatada familia hispanoamericana, con el homenaje entusiasta y fervoroso de mi admiración hacia ellos, mis más calurosos y efusivos saludos, haciendo votos fervientes para que esta hermosa, culta y patriótica Fiesta de la Raza, fiesta de paz, de concordia y de ideales, se perpetúe, terminaré repitiendo aquellas hermosas frases del gran tribuno D. Emilio Castelar, que tanto amó a España, a América, a la libertad, a la razón y a la justicia: «Las escondidas nubes del trópico guardan aún la ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida anda errante la sombra de Ponce de León, que pasará en alas de su fe desde las vegas de Granada a las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdoba, y por un Grijalba descubierto al inmenso imperio mejicano; la primera visita del Golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe a un Garay; la aparición de la Carolina meridional, en la escena de la Historia, a un Velázquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos que lleva sobre sus caudales los productos de los más gigantescos trabajos, el Misisipi, yacería ignorado, si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer tomarla las tribus salvajes por un dios de la tierra, los nombres sublimes del Dios de los Cielos; el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico, han sido surcados por la nave *Santa Victoria* a la sombra de la Bandera de España, pues por doquier lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas de los Cielos, se refleja esta santa imagen de la Patria, y ¡España!, dicen los volcanes y los ventisqueros, los aludes de los Andes, ¡España!, los desiertos de las ondas del Amazonas, porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, avivó con el calor de su propia vida las naciones del Nuevo Mundo, destinadas por Dios a renovar la tierra con sus ideas y a embellecer e iluminar nuestro planeta con su vivísima luz. (1).

Madrid, a 12 de octubre de 1923.

*Hilario Crespo.*

---

(1) Discurso pronunciado por D. Emilio Castelar, con motivo del Mensaje de la Corona, en la sesión celebrada por el Congreso de los Diputados el día 8 de julio de 1870.